

CUBA Y AMERICA

REVISTA SEMANAL

Volúmen XXIII.

HABANA, SABADO 5 DE ENERO DE 1907

Año X. Num. I

SUMARIO

Advertencia.
Colaboración.
La Semana, por Raimundo Labrera.
Malos tiempos, por Leopoldo Cancio.
Ecos semanales.
La vida internacional. Luchas entre la Iglesia y el Estado en Francia. Resumen histórico del conflicto por E. Horta.
Curiosidades, por P.
El edificio escolar. Las aulas y el Assembly Hall, por Ramón Mza.
La estudiante rusa, por el conde D'Haussonville.
Cuento de año nuevo. ¡Atela muerte! por Conde Kostia.
De la Administración Pública, por Robert Auger.
Tu recuerdo, poesía, por de Zayas.
Baudelaire traducido, por M. Márquez-Sterling.
El espiritualismo de Lombroso.
Feliz año.
Revista de impresos.
Cultura de Ultramar. Esayo de Onomastología, por Fernando Ortíz.
Conferencias en el Ateísmo.
Teatros, por Fructido.
Crónica, por L. F. M.

ADVERTENCIA

Por su índole, esta revista es un pañuelo abierto a la exposición de distintas opiniones. Por eso advertimos en el lugar debido y de manera permanente que cada autor tiene la responsabilidad del artículo que firma, y con el cual colabora al objeto primordial de la publicación que es contribuir a la cultura del país CUBA Y AMÉRICA, sin embargo, sustentan un criterio político propio que ha expuesto y expone en los trabajos acordados con su director y redactores.

COLABORACION

Insistentemente hemos invitado a todos los que cultivan las letras y las ciencias sociales y políticas en el país a que favorezcan esta revista con su colaboración.

Nuestro propósito ha sido siempre hacer de CUBA Y AMÉRICA exponente elevado de la cultura cubana por el conjunto de las producciones de sus personalidades docentes y limitarnos a ofrecerles un medio de publicación adecuado.

Reproducimos nuestra invitación advirtiéndoles que en la exposición de doctrinas y criterios de los escritores no ponemos más restricciones que las del orden moral y el respeto a las instituciones y personas.

LA SEMANA

Año nuevo! Como surgen en el alma los recuerdos de las luchas, las ansias e ilusiones juveniles!. Hace veinte y nueve años al comenzar nuestra laboriosa vida política en el partido autonomista, escribimos y publicamos en *La Unión* de Güines, el siguiente artículo, que reproducimos íntegro para no alterar su ingenuidad quitándole una sola línea:

1878

I

1878 va a concluir. Ese momento fugaz de la vida que se llama año termina y mueren con él dulcísimas ilusiones ó renacen halagadoras esperanzas. Hilos de plata cruzan ya la cabeza del que sonreía joven a su aparición y ve a su fin comenzar el gran crepúsculo de la vejez: el adolescente ayer, penetra con segura planta en el campo social, henchido el pecho de quimeras y su mirada alcanza en perspectiva inefables venturas que ilumina ese sol brillante, ay! también pasajero! que se llama Juventud. Allí la madre da la vida a un sér y lo aduerme entre sus brazos, soñando para él todas las grandezas y todos los placeres; y allá otra madre abraza sollozando el cadáver del hijo de su corazón arrebatado a la vida en la flor de sus años.

Vestida de blanco, rodeando su frente con corona de blancos azahares, púdica virgen se dirige al altar mientras la sonríe el ángel de los amores, y al pasar por aquella puerta entornada no oye los suspiros de la viuda llorosa que, falta de su compañero querido, estrecha contra su pecho a sus hijos, desolada por la horfandad de ellos y por su propia viudez. Aquí un filósofo admira el universo con sus obras y gana eterna fama para su nombre, y allí otro que gastó su existencia en el estudio y que siente arder en su cerebro la llama del genio, perece, mísero y olvidado, sin que la posteridad guarde su recuerdo.

¡Siempre ese cruzamiento de existencias; siempre esos contrastes de la vida!

II

Cada año es un inmenso volumen de la perpétua historia del género humano,

que forma en prodigiosa confusión páginas de gloria, de grandeza y placeres; páginas de vergüenza, crímenes y dolores.

III

1878 será siempre fecha gloriosa para nosotros.

Cuando comenzó, la revolución cubana llegaba a su décimo año de existencia. El incendio continuaba iluminando con sus siniestros resplandores las desoladas campiñas de la Perla de los mares; la sangre de hermanos divididos empapaba el suelo, la discordia encendía los corazones y el espíritu de desunión batía sus alas sobre nuestras poblaciones.

Cuando comenzó, nos regía con toda su cohorte de injusticias y males, con sus violencias, arbitrariedades, exclusivismos y monopolios, el sistema colonial que parecía haber echado profundas raíces en nuestras instituciones.

Pero, fué durante él que un hombre gigante quebró la espada del guerrero por la gloria del hombre político y colocándose entre los combatientes lanzó el grito de conciliación. Fué, durante él, que ese hombre apagó las llamas del incendio; restañó la sangre de las heridas; prometió justicia; reconoció derechos y abrió para nuestra patria era de felicidad y de concordia en el porvenir.

1878 vió morir aquella revolución sangrienta que no es posible recordar sin lágrimas en los ojos.

1878 vió brillar resplandeciente con sus varios colores el iris de la Paz.

IV

En 1878 la colonia se ha convertido en pueblo libre. Aquel territorio donde la bandera nacional había ondeado la primera en América; que fué siempre joya preciada, mas no atendida, se igualó al territorio de la metrópoli.

Seis provincias hermanas de las europeas son hoy lo que ayer era una Antilla gobernada militarmente. Leyes nuevas, en su esencia liberales, vienen ya a reformar la Administración; los Tenientes de Gobernadores y los Capitanes de Partido y los Cabos de ronda se preparan para dejar su puesto a los magistrados populares, a los Alcaldes. Los municipi-

BIblioteca Nacional
JOSE MARTI
HABANA CUBA

Colección CUBANA

BIblioteca
RESERVA

BIblioteca Nacional
JOSE MARTI
Habana, Cuba

pios se crean para atender á las necesidades de los pueblos; la prensa recobrará sus fueros; el pensamiento se manifiesta sin trabas; se forman los partidos políticos, y por todas partes resuenan gritos de regocijo, gritos de bendición que lanza una sociedad redimida, bendiciendo la Paz que le trae tanta suma de libertades y tantas esperanzas de regeneración.

V

Todo eso nos deja 1878. Cuando la historia se escriba, este año recordará para Cuba la fecha de su redención, de su libertad, de su entrada en la vida de los pueblos libres.

Para España la fecha más gloriosa de sus centurias desde la conquista de América; aquella en que supo sofocar las aspiraciones revolucionarias de una colonia: en que apagó odios y acalló rencores; en que puso término á una guerra fratricida, sembrando amor; haciendo justicia: proclamando como máxima santa el olvido de un pasado que á todos horroriza, prometiendo á estos pueblos que fundó y civilizó, el imperio de la Ley, de la Libertad y del Derecho.

VI

1878..... adiós! Ojalá seas tú principio de una era perpétua, de paz, prosperidad y justicia.

Han corrido veinte y nueve

años desde que la pluma inexperta y juvenil agitada por hermosas ilusiones y esperanzas legítimas trazó el voto fervoroso de un alma cubana por la regeneración de su pueblo. Corrieron diez y siete años de lucha constante, esforzada y estéril por el logro jamás alcanzado de evoluciones políticas; cuatro de una nueva revolución sangrienta en vindicación de mayores injusticias; siete en los que pareció surgir realizado el ideal de independencia definitivo y todavía, al término de seis lustros y de un nuevo año de pruebas y amarguras, sin hallar ningún ideal cumplido, los partidos ensañados, los hombres divididos, con la incertidumbre de promesas por cumplirse, sin saber como la estabilidad de nuestra vida política ha de ser firmemente garantida, la pluma ya cansada del viejo escritor cubano tiene que repetir el mismo voto con mayores ansias, con menos ilusiones pero con igual patriotismo:

¡Año nuevo! "Ojalá seas tú principio de una era perpétua de paz, prosperidad y justicia".

RAIMUNDO CABRERA.

MALOS TIEMPOS

FUENESTO fué para Cuba el año 1906, que acaba de fenecer. Como si la naturaleza y los hombres se hubieran conjurado en nuestro daño, tuvimos malas cosechas, ciclones, escarchas y cayó la República, apenas inaugurado el segundo período presidencial. Lluvias excesivas durante la seca, causaron inundaciones y estragos, entorpecieron constantemente la zafra y la hicieron muy costosa, dejando en el campo, fruto que no se pudo aprovechar; las vegas no dieron rendimiento en la mayor parte de las zonas tabacaleras y los precios no fueron elevados para nuestros productos. Todo al revés del año anterior, en que el azúcar se vendió á altísimo precio, y cuanto se cosechó fué colocado pronto y bien. Para el país fué 1905 un año espléndido, bajo el punto de vista económico, y para el gobierno un año electoral por excelencia, pues así como no hay quien no achaque á los gobernantes parte principal en las horas críticas que afligen á las colectividades, como por vía de compensación les aprovechan las

ventajas que en años favorables disfruta la industria, por accidentales ó fortuitas que sean. Nuestro comercio general, importación y exportación reunidos, sumó unos doscientos millones; y al terminar el año fiscal correspondiente á esa bonanza, cerraba sus cuentas de recaudación el erario con la enorme cantidad de más de treinta y tres millones de pesos en moneda americana.

El balance llenaba los ojos. La sombra más visible del cuadro, causante de verdadero malestar, era la subida de la plata, que se acercaba al oro, pues aunque la paridad de todos los valores monetarios es una ventaja de que disfrutaban las grandes naciones industriales y una necesidad de todo bienestar económico sólido, lo brusco é inesperado, por imprevisto en nuestra legislación, con que vino el ascenso, privó á nuestras clases laboriosas de las ventajas del alza nominal de los jornales, manteniendo los precios al tipo fijado en plata depreciada, como se sostienen todavía con mengua de las doc-

trinas relativas á la libre concurrencia.

Las quitas económicas empezaron al cerrarse el período electoral y entrar de lleno en el año pasado. Cuando el partido imperante proclamaba satisfecho su triunfo empezaban las murmuraciones y la mohina de las malas ó difíciles cosechas, y era más acerba la crítica de la administración por su conducta en las pasadas elecciones, y sobre lo que había ó dejaba de hacer para que las cosas estuvieran en su asiento propio y natural. Pero así y todo, íbamos á entrar en la normalidad, se decía. Las violencias y fraudes, ya pública y oficialmente reconocidos, con que se aseguró la victoria del partido moderado no imprimirían carácter á la administración; fueron necesarios é inevitables, exigidos por el bien público y realizados con fines altruistas y patrióticos. Íbamos á presenciar en Cuba el espectáculo de una facción triunfante, que renunciaría espontáneamente á los beneficios inmediatos y materiales de la posesión del poder así obtenido, para atender de una manera cabal á los intereses permanentes de la República, restañando las heridas y disipando los agravios de la contienda. Renacría la legalidad y brillaría ante todos los buenos ciudadanos el patriotismo y la sabiduría con que se había procedido. Era natural que fueran muchos los escépticos. Después de todo, comparados los elementos que componían las cámaras y las autoridades provinciales en el período anterior que fenecía, con los elementos traídos por las últimas elecciones, que podríamos llamar de candidaturas oficiales, no resultaba en conjunto superior el nivel moral é intelectual del nuevo Congreso y de los demás organismos, y el resultado no correspondía á la magnitud y violencia del golpe de mano.

Se reúnen las Cámaras, se inaugura el nuevo período presidencial, y continúa la misma política de capa y espada. Se dejan para mejor ocasión, siempre hasta mañana, las leyes orgánicas que habían de permitir que rijera la Constitución para los municipios, poder judicial y otras, conforme á la teoría proclamada en 1902 que subordinaba la carta fundamental de la nación á uno de los poderes públicos, al poder

legislativo. En cambio, sigue el derroche del tesoro; las sumas almacenadas y sustraídas á la circulación, tientan á todo el mundo; se votan hasta unos siete millones de pesos para acueductos, hospitales, puentes, trozos de carreteras, no estudiadas ni proyectadas ni coordinadas; con olvido y preterición de las leyes de obras públicas, que exigen tales elementales requisitos; sin tener en cuenta que en la estación de las lluvias no era posible acometerlas, y que en la estación seca habría serios inconvenientes para ello por ser la de nuestra mayor actividad industrial, cuando tienen ocupación lucrativa nuestras clases laboriosas y faltaría personal para tantas obras.

Entretanto era visible el descontento de los liberales. Circulaban rumores siniestros, se hablaba de conspiraciones y posibles trastornos de orden público; era destituido el Ayuntamiento de la Habana con las mejores intenciones reveladas en la elección del personal con que fueron sustituidos los concejales cesantes, pero sin asomo de legalidad, y se sentía que estábamos en un régimen de fuerza. Por la misma época iniciaba el gobierno de los Estados Unidos negociaciones para la renovación del tratado de reciprocidad; nada se trasluce; no se solicita el concurso de la opinión; se mantienen las negociaciones como un secreto de cancillería, y es positivo que en los contratos públicos se notan preferencias por la industria europea, con menoscabo, por consiguiente, de la industria americana.

Estalla en agosto el movimiento insurreccional, se propaga rápidamente; no es convocado el Congreso y se gasta á manos llenas el dinero sin restricciones legales ni requisitos de contabilidad, proveyéndose de libros de checks á los jefes de columnas;

con cuyos procedimientos se consumen en un mes ó seis semanas, más de cinco millones de pesos sin resultados apreciables para la causa de la paz, ó, mejor dicho, con espanto de las clases genuinamente conservadoras, que ven inminente la bancarrota. Se advierten eonatos de política terrorista y de guerra sin cuartel, armándose las fuerzas con machetes bien afilados que matan ó mutilan de un tajo, contra la letra y espíritu de las modernas convenciones internacionales sobre las armas de guerra, coronándolo todo una sesión del Congreso, la del 14 de septiembre, en que nada se discute, y se dan facultades omnímodas al Ejecutivo, cuando ya era sabido en las esferas oficiales que venía irremisiblemente la intervención.

Ahora, con el año nuevo, estamos otra vez en situación expectante. Los revolucionarios prometen también una administración ordenada, tolerante, normal, que respetará la legalidad y la Constitución si obtienen el poder como lo esperan y lo pronostican no pocos adversarios; las intenciones son también inmejorables, pero las anuncian en términos que infunden recelo, y hay quienes les profetizan que no disfrutarán en paz de esa posesión, comentando las palabras del señor Zayas en el Ateneo. Lo cierto es que la confianza no renace; que se habla de disensiones entre los liberales, de desconcierto entre las clases conservadoras, de inseguridad en los campos, y que real y positivamente solo da aliento la esperanza de que los Estados Unidos presten á nuestra República el auxilio y la ayuda que ha menester para la consolidación de la paz y de la independencia, amenazada de desaparecer para siempre entre las convulsiones y catástrofes que preparan nuestras inacabables discordias.

LEOPOLDO CANCIO.

ECOS SEMANALES

EL viernes de la pasada semana ocupó la tribuna de "El Ateneo" el señor Alfredo Zayas para refutar al señor Giberga en su tesis sobre el parlamentarismo.—Una selecta concurrencia dió lustre al acto.—El orador estuvo hábil y elocuente y demostró con sólidas razones que el sistema representativo fué lo que los convencionales establecieron al re-

dactar la Constitución de la República y el planteamiento del mismo al constituirse aquella respondió á la letra y al espíritu del Código fundamental de la Nación.

No entendimos nosotros que el señor Giberga hubiera afirmado en absoluto lo contrario. El señor Giberga cree que el parlamentarismo será uno de los re-

medios más eficaces de los males del país y para su organización al restaurarse el gobierno propio, sin alterarse la Constitución, se encuentra en el texto de ella base bastante.

El debate resultó interesante. Pero es de sentirse que á su término no haya surjido lo que todos desean, necesitan y esperan. Una inteligencia entre los más conspicuos directores da la opinión para la creación de un gran partido conservador.—El señor Giberga seguramente inició el debate con ese noble propósito y ya en ese camino debe insistir para que no quede solo el ruido de las palabras y los aplausos ni se cumpla la amarga profecía del doctor Dolz, de que no habrá campos vivificados por los rayos luminosos de su elocuencia.

En la Universidad de la Habana terminaron el 31 de diciembre los ejercicios de oposición á la Cátedra de Derecho Municipal.

Profesores, alumnos y público declaran que han sido actos brillantísimos para gloria y enaltecimiento de nuestra primera institución docente, en los que los doctores Francisco Carrera Jústiz y Orestes Ferrara, opositores, demostraron al igual erudición, talento y facultades pedagógicas.

Cualquiera sea el resultado de la contienda, por ser la Cátedra una, ambos aspirantes han ganado el mismo lauro ante el tribunal y la opinión.

La Intervención y su Política es el título de un folleto escrito por el Sr. Francisco Figueras, que ha circulado con profusión en estos días. Lo hemos leído atentamente y lo encontramos digno del gran talento y la notable franqueza política de su autor, que desde 1898 se declaró partidario abierto de la anexión de Cuba á los Estados Unidos.

El señor Figueras, con lenguaje claro, elegante y preciso y á veces con lógica irrefutable, señala las causas que, en su opinión, produjeron la estrepitosa caída de la primera República Cubana y ofrece, también, los remedios que considera necesarios para la buena marcha y prosperidad del país. Mas algunas de sus afirmaciones, pueden parecer exageradas. Como todo el que sostiene una tesis, aprovecha cuanto cree servir á sus fines, y de aquí resulta, por ejemplo, que

cuando acaba de leerse este folleto, las reformas mismas que el Sr. Figueras propone han de estimarse inútiles, por cuanto las generaciones actuales de cubanos son tan defectuosas, según el autor, que han de desaparecer, primero, por la *penetración pacífica* de los norte-americanos (obra larga y de carácter evolutivo) antes de que la isla esté habitada por gentes capaces de tener un buen gobierno.

En otras partes considera el autor como causas de la incapacidad cubana para constituir una República, las que evidentemente nada tienen que ver con el asunto. El "decaimiento y mengua del sentimiento religioso" (p. 14) la abundancia de uniones ilegítimas y la reglametación de la prostitución (p. 15) no pueden estimarse en verdad como factores de la caída del Sr. Estrada Palma, ni impedimentos para una nueva República.

Atenas, en la antigüedad y Francia en nuestros días, son ejemplos de naciones con esos "vicios" que el señor Figueras señala, sin que nadie pueda fundar en ello su incapacidad para el gobierno republicano.

Como estos detalles, podríamos señalar otros en el notable folleto que nos ocupa y que, por lo menos, son muy discutibles. El señor Figueras como otros críticos de nuestra situación actual, suele olvidarse de que gran número de las faltas que atribuye exclusivamente á los

cubanos, se encuentra también, en el pueblo de los Estados Unidos. Del gobierno y los habitantes de ciertos estados, como Kentucky y Florida, para no citar muchos, se podría decir tanto malo y aún más que de Cuba. Hay que descontar siempre, en estas acres censuras que se hacen ahora á nuestro pobre país, lo que debe atribuirse al fondo común y defectuoso de la naturaleza humana y no creer, en todas ocasiones, que la culpa constante de nuestros fracasos es únicamente nuestra. Desde hace ya cerca de cien años bastante hay que decir de la responsabilidad que cabe á los Estados Unidos en la suerte tristísima de esta Isla y el mismo Sr. Figueras señala con gran elocuencia una de esas responsabilidades, no por cierto, la menor: la ineficacia de la Enmienda Platt y el prematuro establecimiento en Cuba de un gobierno republicano que debía fracasar necesariamente.

Mucho nos complace que escritores del talento y erudición del Sr. Figueras contribuyan con sus ideas y su esfuerzo á la educación del pueblo cubano. Existe entre nosotros un elemento culto capaz de leer y juzgar trabajos como el del Sr. Figueras,—quien, de otro modo, no perdería el tiempo en publicarlos,—y en ese elemento se recibe siempre con agrado toda obra seria y bien escrita, como esta, sobre nuestros problemas sociales y políticos.

LA VIDA INTERNACIONAL

LUCHA ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO EN FRANCIA
RESUMEN HISTÓRICO DEL CONFLICTO

LA separación de la iglesia del Estado en Francia, que será al fin definitiva, según los últimos sucesos acaecidos, señalará en la historia el término de una alianza que se había perpetuado cerca de catorce siglos, puesto que en cierto modo data de una época en que el Estado francés se hallaba aún solo en embrión, y que puede decirse comenzó cuando el franco conquistador de la Galia se arrodilló por primera vez delante de un altar cristiano y recibió el bautismo administrado por el obispo galorromano de Reims. Interrumpida esa alianza por pocos años durante la Revolución francesa, fué restablecida por Napoleón Bonaparte, entonces primer Cónsul, mediante el pacto celebrado en-

tre la República Francesa y la Sede Romana, conocido con el nombre de Concordato de 1801.

Más de un conflicto ha ocurrido en tiempos anteriores, entre los soberanos franceses y los papas, y la nueva unión no era nunca más pacífica que la anterior. Durante el reinado de Napoleón surgieron diferencias respecto á la interpretación del Concordato, que culminaron en el arresto del sumo pontífice, la confiscación de sus dominios, y su prisión de hecho en el Castillo de Fontaineblau. La caída de Napoleón trajo la libertad para el jefe de la cristiandad y para otros soberanos europeos. Sin embargo, cuando Luis XVIII, de la dinastía borbónica, fué reemplazado por los ejércitos extran-

jeros victoriosos, la antigua alianza entre la iglesia y el Estado pareció reanudarse por completo, empezando el poder religioso á derivar beneficios de dicha alianza.

Debe advertirse que los representantes del papado han insistido en vano en obtener que el catolicismo fuese declarado religión del Estado.

Bajo el régimen de la monarquía constitucional, que gobernó en Francia desde la caída de Napoleón hasta el año de 1848, el Concordato funcionó tranquilamente, aunque la caída de los Borbones en 1830, considerábase por la iglesia como un golpe muy fuerte.

La caída de la monarquía burguesa y el establecimiento de una república democrática en 1848, no fueron considerados como una desgracia por la iglesia francesa.

Las cosas cambiaron rápidamente tan pronto como los patriotas italianos derrocaron el gobierno del papa Pio IX é inauguraron en Roma la república, causando un cambio inesperado en la actitud de la iglesia católica, especialmente en Francia. Mostróse hostil á los movimientos populares, y dando con ello origen á una nueva división de partidos, en clerical y anti-clerical.

Después que la expedición enviada á Italia por Luis Napoleón Bonaparte puso fin á la existencia de la República Romana, el más elocuente de los católicos franceses, Montalembert, exclamaba: "Lo que ahora necesitamos es una expedición romana dirigida contra Francia." Con esto quería significar que la iglesia debía reconquistar sus antiguos privilegios absorbidos por la Revolución.

El golpe de estado por el cual Luis Napoleón destruyó la segunda república francesa, fué una derrota para los anticlericales no menos que para la política republicana. Los privilegios garantizados á la iglesia empezaron á aumentar rápidamente, aunque sin tocar á los derechos de protestantes y judíos, en cuyo favor se dictaron leyes especiales, que después de todo no mermban el poder de la iglesia. Las consecuencias las pagaron los numerosos franceses que, por más que nacidos de familias católicas, se descartaron de la antigua fe sin unirse á ninguna otra iglesia. Estos mismos, unidos

con numerosos católicos sinceros, que eran opuestos á toda clase de privilegios especiales, formaron el partido anti-clerical, cuyo objeto era privar á la iglesia de las ventajas concedidas. Desde luego, el objetivo final de dicho partido era la ruptura de todos los lazos entre la iglesia y el Estado. Después del establecimiento de la Tercera República en 1870, los clericales, si no la iglesia misma, trabajaron de acuerdo con los realistas, procurando la caída del régimen republicano; pero sus demostraciones hacían más anti-clericales á los republicanos, y viceversa, hasta que Gambetta en 1877, cuando el gabinete reaccionario de Mc Mahon, compuesto de clericales, trataba de destruir la República, resumía uno de sus famosos discursos, diciendo: *¡El clericalismo! he ahí el enemigo!*

Triunfantes los republicanos, comenzaron á aplicar su programa, al cual opuso resistencia la iglesia, como era natural. Desaparecían numerosos privilegios y se estableció un sistema de educación primaria, libre y obligatoria, y completamente laica. Gran energía desplegó la iglesia contra sus antagonistas. El pugilato entre las escuelas públicas y las escuelas religiosas era reñido, hasta que surgió la convulsión causada por el asunto Dreyfus. Ganada la batalla en favor de la revisión de este proceso, á la cual eran fuertemente opuestos los clericales; averiguáronse cuales fueron los elementos que dieron fuerza bastante á los partidarios de la iglesia para absorber por un momento la opinión, y se puso en evidencia que el apoyo era debido al reciente desarrollo de las congregaciones religiosas. Y así se confirmó en efecto: las congregaciones monopolizaban las cátedras en las escuelas de la iglesia, los púlpitos en los templos, las columnas en los periódicos eclesiásticos, y por esto era necesario aplastar las congregaciones.

Desgraciadamente para la iglesia, la mayor parte de las congregaciones carecían de existencia legal.

La ley de asociaciones de 1901 tiene por objeto dar á todos los ciudadanos franceses el derecho de formar asociaciones, pero al mismo tiempo anular el poder de las congregaciones, manteniendo el derecho individual dentro de la asociación, y limitando

la propiedad que una asociación puede poseer. Cuando dicha ley se puso en acción, y el ministro que la presentó, el difunto Waldeck-Rousseau, se retiró por motivos de salud, M. Combes formó gobierno y pudo comprobarse que con él no había esperanza para las congregaciones, y el resultado fué que todas éstas fueron disueltas ó expulsadas de Francia.

La situación se hizo más difícil entre la iglesia y el Estado, cuando el presidente Loubet devolvió una visita en Roma al rey de Italia, y el cardenal Merry del Val lanzó una protesta contra la visita del jefe de la que él llamaba una nación católica, á un rey que él consideraba como usurpador de la soberanía pontificia. El gobierno francés, como se sabe, recogió el guante, declarando que la protesta del fogoso cardenal era una violación del Concordato, según el cual el Papa se abstiene de intervenir en los asuntos políticos de Francia, y se presentó en las cámaras una ley estableciendo la separación entre la iglesia y el Estado, obra del diputado socialista M. Briand. Dicha ley un tanto modificada en el curso de prolongados debates, se halla aprobada. El Vaticano la ha rechazado debido á que no fué consultado y porque en ella no mencionan la iglesia católica en los derechos de los obispos.

Entonces se pensó recurrir á la ley de 1881, poniendo vigentes las reglas que serán observadas en las reuniones públicas, pero esto tampoco satisfizo al Papa.

La obra de separación ha culminado últimamente, como es ya conocido del público, en la ruptura definitiva entre Francia y el Vaticano. Le ha cabido al gabinete presidido por M. Clemenceau, llevar á cabo este paso supremo, de trascendentales consecuencias para el pueblo francés. La opinión nacional se halla dividida acerca de la oportunidad de esta importante gestión, pues no en vano ha inflido la iglesia católica, como directora de numerosas conciencias, durante siglos en la gran nación latina, que puede considerarse justamente como el lugar de prueba de todas las ideas.

EULOGIO HORTA.

Son los intereses y las pasiones los que gobiernan á los hombres.

H. Taine.

CURIOSIDADES

El cocodrilo, animal de moda.
La última extravagancia, quiero decir, el último capricho de la moda en los Estados Unidos, consiste en tener en el parterre, el jardín, y aun en el salón, un pequeño cocodrilo, como en otro tiempo fué costumbre de las elegantes y aun de los elegantes, tener pequeños falderillos. Y claro está, tan pronto como la moda ha empezado á generalizarse, los yankees han establecido granjas para criarlos á fin de hacer frente á la demanda, pues de otro modo la raza de los saurios estaba llamada á desaparecer de las costas de la Florida y demás Estados del Sud, como se comprenderá fácilmente cuando se sepa que el número de cocodrilos sacrificados en el solo Estado de Florida en los últimos diez años excede de tres millones, siendo así que en los años anteriores, y cuando la piel de estos animales no había sido aún curtida y preparada para los usos de la peletería, este número no excedía de tres mil.

Pues bien, la vida de los *aligatores* está asegurada, es decir, la de la especie, porque con motivo de la moda de los *cachorritos*, para entretenimiento, y de las pieles de los adultos para la industria, se han destinado grandes extensiones de terreno apropiado para criarlos y propagarlos. ¡Parece mentira! unos animales tan feos y repugnantes por su forma, sus costumbres y hasta su olor fétido.

Pero volvamos á los cocodrilos de las elegantes de Nueva York, Boston ó Filadelfia. Éstos se cojen á los 15 ó 20 días de nacidos y entonces su tamaño es de 8 á 9 centímetros y pueden tenerse durante más de un año sin riesgo alguno, pues solamente á los 2 años, sus dientes empiezan á ser peligrosos. Hay que advertir que el crecimiento de éstas ya interesantes criaturas es sumamente lento y que para alcanzar el tamaño de sesenta centímetros, unas siete veces el que tienen al nacer, necesitan quince años. Se tiene por seguro que uno de esos saurios que miden 4 ó 5 metros de largo, cuentan más de un siglo de existencia y el decano de la granja ó criadero de saurios de Hot-Springs (Arkansas) llamado *Big Joë* y que mide cinco metros de largo, tiene sus doscientos años de edad.

P.

EL EDIFICIO ESCOLAR

LAS AULAS Y EL ASSEMBLY HALL

EN nuestros planos escolares hemos atendido á dos consideraciones: la una científica, la otra artística. Por la primera hemos procurado que la distribución interior del edificio corresponda tanto á las exigencias pedagógicas como higiénicas, dotándolo de todos aquellos departamentos, por modestos que fueren, necesarios á una buena organización interna; y en la material ó externa del edificio, su situación conveniente y que su severidad, sencillez y orden no estén reñidas con las recomendaciones del buen gusto.

La escuela, en su concepto moderno, es un organismo á cuyos detalles hay que atender para que resulte completo y funcione bien. Tales detalles, por otra parte, no son secundarios, sino que contribuyen en término muy principal y saliente á la eficacia y utilidad de la obra á ella encomendada.

Nadie pondrá en duda la necesidad de aulas en las escuelas; sin aulas, ó sea sin el lugar donde se trasmite por el maestro á los alumnos la enseñanza, no se concibe la institución. Pero al lado del aula deben existir otros departamentos ó locales que tienen igual aplicación é importancia que aquella en la obra que en la escuela se realiza.

No hay edificio escolar americano que prescindiera del *assembly hall*, ó sea de su sala de reunión, destinada también á los actos y fiestas, ya privadas ya públicas, de cada escuela.

Este salón de actos tiene su objeto bien determinado en la obra de la educación. Todos los alumnos, en sus diversos grados, de las escuelas se reúnen y con los discípulos sus profesores. Allí se ejercitan en las costumbres, hábitos y observación de las reglas de urbanidad que las conveniencias sociales exigen en toda reunión pública. El orden, el silencio, los gestos, los ademanes se van educando para los usos de la vida colectiva y pública. No es la educación é instrucción privada, reducida, limitada del aula, en que unos pocos alumnos se ven y tratan diariamente con el maestro, es un medio eficaz de educación de la colectividad escolar.

El comedimiento general, el

respeto mutuo, el trato culto y afable, hacen grata desde la escuela la vida de relación social. La confianza tiene bien demarcado sus límites: sus excesos ó sus abusos, que es lo que mata en la vida, la unión y el esfuerzo colectivo son indicados desde muy temprano. El alumno no sólo se instruye en el aula, sino que se educa para la ordenada vida social.

En estos *assembly hall*, que tienen una plataforma ó tribuna levantada á conveniente altura del suelo, se congregan con frecuencia los alumnos para fiestas escolares, representaciones, recitaciones, discursos, experimentos de física recreativa, actos musicales, entretenimientos útiles y cultos, que en mayor ó menor grado realizan nuestras escuelas; pero no con el verdadero carácter que en estas instituciones modestísimas significa en la organización escolar de nuestros vecinos, y que ya hemos procurado fijar: es una escuela de costumbres públicas, de hábitos cívicos, de cultura social, favorable á la vida de relación.

El arte de agradar sin molestar, el de entretenerse sin causar mortificación ni estorbo al que está en el mismo lugar para gozar de lo propio, se va adquiriendo por un método que indudablemente tiene mucho de positivo, de experimental y de práctico en estas reuniones escolares.

Las Universidades inglesas tienen el prurito de formar de cada uno de sus discípulos un perfecto *gentleman*, de dotarlos de ese don de gentes que tan útil les ha de ser para sus esfuerzos dentro de su grupo social. La escuela americana comienza á formar ciudadanos que desde su primeros pasos en la vida aprenden á lo que nosotros deberemos significar con la frase: darse su lugar.

Las pláticas morales, las conferencias sobre asuntos cívicos, sociales y económicos, cuestiones de urbanidad en la calle, en el templo, en el hogar, en los juegos, son parte no olvidada en esta obra educadora, encomendada á los maestros ó directores de cada núcleo escolar, que son los que más directamente pueden elegir el tema, el tono y hasta el grado ideológico en que pueden

entenderlos los alumnos y utilizar sus enseñanzas.

No solamente son, pues, las aulas los locales materiales á que debe atenderse en la buena distribución de departamentos en todo edificio escolar, á su lado debe estar un salón de actos públicos donde se refleje, en pequeño, la vida social.

RAMÓN MEZA.

LA ESTUDIANTE RUSA

Me hubiera sido algo difícil comprender, á pesar de todo lo que me hubieran podido decir sus profesores rusos ó franceses, acerca del estado del espíritu de esas jóvenes, si no hubiera tenido la buena fortuna de ver muchas veces entrar en mi gabinete, no por la ventana, sino por la puerta, una de esas aves de paso; aunque, á decir verdad, aquella era más bien una golondrina de regreso. Educada en Francia, adonde fué llevada muy joven por su familia, había conquistado en Bélgica sus grados de doctora en ciencias sociales. Luego vino á París para buscar el empleo de su tiempo y de sus facultades. El día en que la ví por primera vez, la golondrina traía la carga de un voluminoso manuscrito. Era un trabajo sobre Mme. de Stael, considerada sucesivamente mentecomo filósofa, moralista, socióloga, romancera, autora dramática, etc., etc. Este trabajo, para el cual me pidió la ayudase á encontrar editor, suponía seguramente muchas investigaciones y pesquisas y denotaba una rara cultura de espíritu. Tuve, sin embargo, el disgusto de verme obligado á decirle, después de la lectura, que si este trabajo, ya publicado en Rusia, debió seguramente enseñar muchas cosas á sus compatriotas, no sucedería, desde luego, lo mismo entre nosotros los franceses, que conocemos bastante bien á Mme. de Stael, y que á menos de imprimir la obra á sus espensas difícilmente hallaría medio de publicarla. Entre la nube que cubrió un instante sus brillantes ojos negros y dulces ví que le había causado profunda pena. Para dulcificar ó distraerla de esta pena, busqué el modo de testimoniarme mis simpatías. Le pregunté qué orientación pensaba dar á su vida.

—Quiero, me respondió, dedi-

CUENTO DE AÑO NUEVO

carme á la causa de la humanidad.

—¿Cómo?

—Esparciendo ideas justas.

No me aventuré á preguntarle cuáles eran las ideas que quería divulgar, porque habríamos probablemente entrado en discusión y esto era precisamente lo que yo quería evitar. Dulcemente ensayé decirle que este era un proyecto muy vago y de una realización difícil, que la vida de una mujer sola, lejos de su país, era bien triste y que tal vez sería más cuerdo en ella el que se volviese á Rusia, en donde su familia estaría ansiosa de recibirla y tratar de buscar modestamente el modo de hacer un poco de bien en su medio natural. Pero estos consejos, hechos con poca cautela, lo reconozco, no ejercieron ninguna influencia sobre ella.

—No quiero de modo alguno, me dijo, haber trabajado en vano.

Comprendí que dentro de aquella apariencia débil exterior y por debajo de sus maneras dulces, se ocultaba una voluntad indomable. Sin embargo proseguí:

—¿Es que usted no tiene sus horas de desaliento y de tristeza?

—Sin duda, como todo el mundo; pero en esos momentos existe un pensamiento que me consuela siempre.

—¿Cuál?

—La muerte, que pone fin á todo.

—A esta terrible y dolorosa respuesta no intenté replicar porque no quería empezar una discusión filosófica como no quise antes la controversia social; pero aquel ardor triste y espontáneo me inspiró un gran respeto, y cuando el pequeño pájaro negro, que se había posado un instante delante de mí, levantó su vuelo, tuve el sentimiento de que podría equivocarse su dirección, pero que siempre volaría muy alto.

COMTE D'HAUSSONVILLE.

Traducción de E. ANGLÈS.

Las muchachas de la isla de Saint Kilda (Gran Bretaña), guardan cuidadosamente todo el pelo que se les cae, y van formando con él un cordón que regalan á sus novios cuando éstos piden su mano, algunos de estos cordones de pelo, miden de doce ó quince metros, y son como se comprenderá, muy apreciados por los hombres que tienen la suerte de recibirlos.

¡ANTES LA MUERTE!

EL juez, con gesto nervioso, se había puesto á tamborilear, con la punta de los dedos, la mesa.

Realmente, aquel acusado tenía respuestas para todo; refutando en cuatro palabras equilibradas y corteses los argumentos más irresistibles, sin embarcarse en vanas y peligrosas protestas; limitando sus frases á lo estrictamente necesario, y tomando en seguida su sonrisa tranquila, como un esgrimista paciente que para con un golpe seco y cae de nuevo en una guardia impecable—sin tentar siquiera la “riposta.”

—¿Pero usted no negará que se hallaba al corriente de las costumbres de la casa?

—Nunca lo he negado, señor juez?

—Los empleados diurnos acababan su trabajo á las ocho y como los guardianes de noche no entraban hasta las nueve menos cuarto, la caja se hallaba sin vigilancia cerca de media hora. Usted no podrá ignorar esta particularidad.....

—Sí lo ignoraba; y añadido que si durante mi estancia en la casa de los señores Rodríguez, Gómez y Compañía, la hubiera sabido, lo hubiese dicho en seguida á mis principales. Y hubiera hecho muy bien, puesto que, gracias á ese descuido, los ladrones han podido fracturar la caja con toda seguridad.

—Admitámoslo. ¿Quiere usted decirme ahora en dónde estaba usted, entre ocho y nueve de la noche de ese día?

El acusado, sin vacilar en lo más mínimo, respondió:

—En el *café-restaurant La Cierva*, calzada del Cerro.....

—¿La memoria de usted es de una precisión rara! Por regla general se emplean algunos minutos para reconstituir el empleo de una noche, á quince días de distancia.

—Mi memoria es como la de otro cualquiera. Desde antier sé qué acusación pesa sobre mí. Antes de mi arresto he leído en los periódicos á qué hora se había cometido el robo, cuyo autor presunto soy yo. Y he podido con tranquilidad y tiempo: cuarenta y ocho horas, poner en orden mis recuerdos. Y no veo que esto tenga nada de particular.

—¿Y dónde está situado ese ca-

fé-restaurant? Porque la calzada del Cerro es muy larga.....

—No me he fijado.... Sin embargo, he aquí un dato que facilitará las pesquisas, señor juez. Hay en él un teléfono. Detalle que me había llamado la atención, dada la poca importancia de la casa.....

El juez buscó en el libro de señas.

—Efectivamente; hay un *restaurant* con ese nombre. Alguacil, coja usted un coche; vaya á donde dicen estas señas y tráigame á ese señor Laserna.

Se suspendió el interrogatorio. El juez se puso á hojear legajos. El acusado, en un ángulo de la sala, conversa tranquilamente con su abogado, como hombre á quien hacía gracia el azar que se había complacido en acumular sobre él causas morales abrumadoras.

Y se volvió al juez.

—¿Me permite usted hacerle, á mi vez, una pregunta? Si usted manda á buscar á ese hombre es, sin duda, para confrontarlo conmigo, para afirmar la coartada que yo presento. Y si resulta exacta creo que no habrá inconveniente en echarme á la calle, en libertad, por lo menos provisoria.....

—Es que tendrá usted que explicar también cómo y por qué se hallaba usted, á semejante hora en un barrio en donde sus asuntos no le llamaban, y á tan gran distancia de su domicilio.....

—Nada será más fácil. No tenía nada que hacer esa tarde. Caminando, callejeando, he llegado hasta la mitad del Cerro. En junio las tardes son largas. El día me engañó. Mi estómago fué quien me dijo qué hora era y como vivo solo y no tengo familia, comí donde topé. Entré ahí como hubiera entrado en cualquiera fonda.....

El alguacil volvió trayendo al propietario de *La Cierva*.

—He aquí por qué le he llamado—le dijo el juez.—En su *café-restaurant* sus parroquianos deben ser obreros que van á comer vestidos de trabajadores. Y no todos los días aparecerá allí un consumidor de levita y sombrero de moda. Cuando uno de éstos entra en el establecimiento, llamará la atención de todo el mundo.

—¡Pstl!.... Nosotros servimos cada tarde de cien á ciento veinte cubiertos, ¡obreros! sí en su mayor parte. Pero también concurre gente de chaquet, de *bomba*, empleados, escribientes, etc., bien vestidos algunos. No hay tantas *bombas* como gorras y sombreros de guano; pero las hay.....

—¿Puede entrar alguien sin que usted lo vea?

—Eso no. La caja está al lado de la puerta y no abandono el mostrador antes de las once, cuando se cierra....

—Ya usted vé....—dijo el juez al acusado.

—Lo que veo es que el señor no me recuerda. Pero él mismo se lo ha dicho al señor juez: eso no prueba que yo no haya estado en el *restaurant*.

—¿Pero, y quién me prueba que ha estado usted?

—Nada; convengo en ello; salvo el que yo lo digo y el otro detalle que le he dado: que hay un teléfono. ¿No creerá usted que lo he inventado?

—Puede usted haberlo visto desde la calle.

El acusado se encogió desdeñosamente de hombros.

—Es posible. Pero no le he visto desde la calle. Lo he visto impreso sobre la lista que me presentó el mozo para exigir los platos. Pero, en fin, razonemos un poco. Suponga el señor juez, por un momento, que habiendo cometido el robo haya yo querido, para preparar mi defensa, preparar mi coartada. ¿Iba yo á elegir en un barrio donde no vivo, un café cualquiera, como consumidor que se sienta en un rincón, come, paga, y sale sin hacerse notar de nadie? ¡No, cien veces no! Hubiera cogido un coche, ido á un sitio conocido y hoy veinte testigos vendrían á atestiguar conmigo que yo comía á las ocho y cuarto. Confirmando mi primera declaración: hace quince días comía, entre ocho y nueve, en *La Cierva*. Por desgracia, ni el señor puede probar que yo no estaba ni yo no afirmarlo.

—Dispense usted, señor juez—dijo Laserna;—todo se puede aclarar. Si el señor ha comido en casa quizá recordará lo que ha comido.

—Es una buena idea. No siga. ¿Ha oído usted? ¿Qué ha comido usted?

—Confieso que no recuerdo.....

—Piense.

—¿Cómo quiere usted que recuerde un detalle tan mínimo? Gracias que haya podido indicar el sitio. De eso á precisar lo que me han servido.....

—Haga un esfuerzo.

—No; realmente; no puedo....

—Es lástima. Eso hubiera facilitado el juicio.....

—Yo daré otras pruebas de mi inocencia. Dígame cual es el plato que se sirve diariamente, según me dijo el mozo, y que yo no recuerdo.....

—Los miércoles, mondongo.....

—¿Qué bestia! ¿Qué estúpido soy! ¡Ya lo creo que me acuerdo! ¡Era mondongo! ¡Si yo mismo lo pedí!

—¿Por qué no lo dijo usted en seguida? Señor Laserna, gracias; puede usted retirarse. Si le necesito, le pasaré un aviso. Puede retirarse. Nosotros dos continuemos. Antes, porque ya son las dos, debe usted comer, porque tendrá ya ganas.

—Algunas.

—Para no perder tiempo que le traigan aquí la comida. Luego seguirá el interrogatorio. Dígame al alguacil lo que desea.

—Lo mismo me da. Lo que haya.....

A los pocos momentos le trajeron la comida. El acusado se sentó, desplegó la servilleta, y metódicamente, como hombre acostumbrado á la limpieza dudosa de los *restaurants* baratos, se puso á limpiar los bordes del vaso y los dientes del tenedor. Después de eso, cogió los dos platos que encerraban su ración y los destapó.

—¡Ah! yo.....

—¿Qué es?—dijo el juez.

—Nada..... nada.....

Llenó de vino el vaso y lo bebió de un tirón. Y quedó inmóvil, con el tenedor en la mano.

—¿No le gusta?—dijo el alguacil.

—Sí..... mucho..... mucho.....

Y miraba el plato sin tocarlo. De vez en cuando apartaba los ojos, limpiándose la frente con el dorso de la mano.

El alguacil, viendo su palidez, le dijo:

—Vaya..... es que no le gusta.

—¿Qué es lo que han traído?—pregunta el juez.

—Mondongo..... Hace poco dijo que había pedido ese plato en el *restaurant*.....

—Sí.... me gusta mucho..... mucho.....

Y se llevó un pedazo á la boca. Pero apenas cerró los labios se

levantó bruscamente—la silla cayó á tierra y la botella de vino sobre la mesa.—De un salto, corrió á la ventana, sacudido de bascas.....

Cuando se volvió á sentar respiraba trabajosamente. Gruesas lágrimas corrían de sus ojos.

—No es nada—dijo.

Y se volvió á sentar, cortó un pedacito; pero en el momento de llevarlo á los labios soltó el tenedor.

—No puedo..... Llévense eso.

Y apartó el plato rabiosamente.

El juez lo miró como si lo apuñaleara.

Y el desgraciado reo, echándose la botella de vino al colete y limpiándose los labios de una manotada murmuró angustiado:

—Es verdad..... peor para mí. He hecho todo lo posible. Pero qué quiere usted, señor juez. No puedo. ¿Quién domina el asco? Prefiero que me maten á tragar eso.....

CONDE KOSTIA.

DE LA ADMINISTRACION PUBLICA

El objeto de la administración es el de procurar á los hombres la mayor felicidad posible en la forma de sociedad que ellos hayan adoptado, siendo la felicidad el solo objeto de nuestras afeciones, el único móvil de nuestras acciones.

El arte de la administración es el de combinar el interés general con los intereses particulares, de hacer servir el cuerpo del Estado al bienestar de los individuos á la fuerza y á la prosperidad del Estado; de ordenar de modo tal la suerte de cada particular, que su cooperación al bienestar de la sociedad sea la medida de los beneficios que de ella saque.

ROBERT AUGET.

TU RECUERDO

En un tiempo de breves alegrías en los risueños días que tenaz me recuerda el corazón, la imagen de tu cándida hermosura en un marco de oro, fresca y pura, guardó como reliquia, mi ilusión.

Muerta mi fe, fallido mi deseo, dudo, cuando te veo, como una estrella el mundo iluminar, si es tu belleza que al placer convida, el sueño aquel que embelleció mi vida y la hizo florecer, y marchitar.

Ya no te amo, y adoro tu memoria, aquella dulce gloria que en mi cerebro la ilusión creó. Tu hermosura falaz lloro y maldigo, ¡y aquella imagen fiel irá conmigo, siempre amorosa, mientras viva yo!

FERNANDO DE ZAYAS.

CUBA Y AMERICA

REVISTA SEMANAL

POLITICA, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES,
VARIÉDADES.

Se publica los sábados

Director: RAIMUNDO CABRERA.

Jefe de Redacción: Adrián del Valle.

REDACTORES:

Leopoldo Cancio, Antonio González Curquejo, José de Armas, Fernando Ortiz, Frau Marsal, Jesús Castellanos, Ramiro Hernández Portela, Cristino Figuerola Cowan, Justo P. Parrilla, Aniceto Valdivia, Manuel Fernández Valdés, Fernando de Zayas, Blanche Z. de Baralt, Eduardo Anglés, Ramiro Cabrera.

COLABORADORES:

Ramón Meza, Juan Santos Fernández, Manuel Valdés Rodríguez, José Vidal, Gabriel Camps, Héctor de Saavedra, Enrique Piñero, Eulogio Horta, Francisco Sellén, Francisco García Cisneros, José G. Villa, Luis Rodríguez Embil, M. Rodríguez Embil, Eduardo de Ory.

ADMINISTRADOR:

MANUEL ROMAN.

Oficinas: SAN MIGUEL 43, A. HABANA.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Habana y resto de la Isla de Cuba

Por un mes.....	0.80 cts.
Por un trimestre.....	2.40 „
Por un semestre.....	4.25 „
Por un año.....	8.00 „
Por un número suelto.....	0.20 „
Por un número atrasado...	0.40 „

Los mismos precios en el extranjero en moneda americana : : : : :

SERVIREMOS el periódico fuera de la Habana por correo á los que se suscriban por trimestre, semestre ó año enviando directamente á la Administración y por adelantado la cuota respectiva, en metálico, orden postal ó letra de fácil cobro.

AGENCIAS

Serviremos el periódico á los agentes de interior de la isla ó del extranjero bajo la responsabilidad exclusiva de éstos, es decir, que no nos obligamos con los suscriptores de los agentes, pues éstos lo serán en tanto cuanto estén á cubierto de sus suscripciones corrientes con la Administración del periódico.

TARIFA DE ANUNCIOS

Veinte centavos oro pulgada cuadrada por inserción. Descuentos en razón al término de inserción y al espacio ocupado.

Los pagos deberán hacerse por adelantado, por giro postal ó letra de fácil cobro.

Admitiremos colaboración literaria, científica y sobre asuntos de interés general.

Los artículos aceptados y retribuidos se pagarán por la Administración después de publicados.

No nos obligamos á la devolución de originales,

Los artículos de colaboración llevarán la firma de sus autores, quienes deberán suscribir el original si usaren de seudónimo, y responderán en todo caso de sus propios trabajos.

La Revista asumirá la responsabilidad de los trabajos de su redacción que no aparecen firmados,

BAUDELAIRE TRADUCIDO

EDUARDO Marquina, escritor inteligente y laborioso y poeta lírico de envidiables prendas, según don Juan Valera, ha realizado con éxito la difícil y comprometida tarea de traducir *Las flores del mal*, prestándoles un inmenso servicio á sus colegas jóvenes de nuestra América y en general á las letras castellanas. Para la musa decadente, que se inspira en modelos parisinos sin penetrar el habla francesa, Baudelaire no es ya una incógnita, una sombra triste, un fantasma irónico y cruel. Sus rimas se han puesto al alcance de sus *autoadmiradores*; aquel poeta fantaseado á través de incompletas noticias dadas por críticos á medias, se ha convertido en una realidad palpable; el Satanás de la poesía filosófica, como ellos le suponían, ha salido de su infierno, trayendo á sus discípulos las llamas de su numen, diabólicamente inagotable. Nuestros jóvenes poetas tienen ya el Baudelaire verdad, entre las manos las frescas *flores del mal*, que no se marchitan al influjo del tiempo ni de los malos poetas que han querido ingertarlas en las más desdichadas concepciones, y no se llamarán á engaño cuando exigentes y ceñudos cronistas de sus proezas literarias, afirmen que á mil leguas de aquel genio portentosamente sombrío y endiablado, hállanse los que, para imitarle, han creído suficiente ejercitar el instinto de lo extravagante y la afición á lo exótico.

A Baudelaire le atribuyen los que no le conocen, un sentido artístico que no es el que sus obras acusan; se le ha supuesto loco y enmarañado desglosador de todas las reglas y espíritu rebelde sin horizonte. Por mi parte confieso que tales errores no me sorprenden; juzgar de lo desconocido es obra mágica que no está al alcance de mi mente y que no me es dable concebir; y por no leer á aquel gran poeta muchos críticos de mala fé y acaso de peores entrañas le han puesto ante el público de América como el enemigo encarnizado é inmovible del buen arte. Las desviaciones de algunos innovadores se creen sugeridas por *spleen é ideal*; los sueños heréticos de los iniciados en el modernismo macabro, se le achacan á malsanas propagandas del autor del

majestuoso soneto *La muerte de los artistas*, y raras veces aparece con su vara redentora la crítica de algún cerebro serio capaz de hacerle justicia al más calumniado de los genios.

Baudelaire fué un romántico que no tomó nada de Hugo ni de Lamartine, porque tenía mucho propio que dar; no se le pareció á aquellos insignes maestros, á pesar de hallarse estrechamente unido á ellos por la misma melancolía; y adquirió en el parnaso universal una posición aparte, suya, no por lo extraño de su numen, sino por la potencia extraordinaria de su poesía. Un canto de Baudelaire no se confunde jamás con un lamento de los poetas de su época y mucho menos con un alarido de los bardos actuales. La filosofía de sus himnos, además, es una filosofía propia que pudiera á veces llamarse antenietzscheana, aunque no nos sea dable relacionarla con el pensamiento obscuro y arrebatado del autor de *Más allá del bien y del mal*, sino en casos muy singulares que fácilmente se escapan al lector de prisa que saborea con brevedad y que no ahonda tanto como la idea requiere. En Baudelaire la factura es tan importante como la sustancia del verso; y sin cometer irreverencia garantizo á quien todavía desconozca la traducción de Marquina, que la sustancia y la factura se corresponden, que ciertas ideas no pueden expresarse en poesía sino como Baudelaire las expresa. Las brumas de sus letanías, que obligan á elevar el espíritu, no pueden imitarlas los adoradores del verso raro sin caer en lo grotesco; sin embargo, Baudelaire en ellas sublima sus pesares de tal suerte, que se apodera de nuestra fantasía y con religiosa unción repetimos el "Satán, apiádate de mi larga miseria". Lo que en poetas de nuestro siglo produciría risa, en el cantor de París, en el cantor del Vino y de la Muerte es profunda é intensamente sugestivo. Gautier, que en páginas inimitables trazó la silueta del autor de los *Paraisos Artificiales*, se refiere al estilo del poeta en estos maravillosos renglones: "Ha sabido mezclar hilos de seda y oro con hilos de cáñamo, duros y fuertes, como en las telas de Oriente, á la vez espléndidas y

groseras, donde los ornamentos más delicados corren en caprichos encantadores sobre una especie de pelo de camello tejido ó sobre una tela áspera al tacto como la vela de una barca". Un choque de lo bello y lo salvaje, de lo innoble y lo artístico, de la piedra y la lágrima, inspiran á Gautier esas líneas que son la corona que para su gloria ambicionaba el poeta, corona que no está al alcance de los que solo han visto en aquella tempestad de genio lo grosero, el cáñamo áspero y el pelo de camello.

El señor Marquina, con su honrada traducción ha dado muerte á aquel saltimbanqui que forjaron á su gusto los consumidores del arte detestable, dándole vida al verdadero Baudelaire atractivo y dulce aquí, sonoro allá, una veces oliendo á sangre, otras á rosa, con sus languideces y sus trepidaciones, semejando á capricho un Teodoro de Banville loco, entre *cabarets* y castillos de hadas, corriendo del Olimpo á la taberna.....

M. MARQUEZ STERLING.

EL ESPIRITUALISMO DE LOMBROSO

CONTESTANDO á ciertas objeciones que se le hicieron á un artículo publicado en *La Lettura*, de Milán, ha dicho Lombroso:

"Creo en la manifestación de los fenómenos espiritualistas. Muchos me preguntan qué he hecho de mis teorías materialistas, sin comprender que tales teorías nada tienen que ver con mis aserciones respecto al espiritualismo. Sin embargo, suponiendo que hubiera algún conflicto, como hombre que solo busca la verdad, no vacilaría en sacrificar una teoría para alcanzar el ideal de mi vida. Desde hace unos quince años que vengo repitiendo que las manifestaciones espiritualistas son hechos que no pueden negarse y que no contradicen los postulados de la ciencia positiva; pero estoy muy lejos de identificarme con los que creen que los espíritus de los muertos son los autores de esas manifestaciones. Los fenómenos espiritualistas, á mi entender, no tienen origen divino ó atributos religiosos.

Todos los fenómenos espiritualistas pueden entenderse y explicarse sin referirlos á la intervención de lo sobrenatural. Afirman los espiritualistas que el espíritu es una emanación de Dios, en tanto que yo entiendo que es una emanación del cerebro. Por lo tanto, desde ese punto de vista no puedo llamarme espiritualista, á lo menos en el sentido en que usualmente se toma dicha palabra. Casi todos los fenómenos psíquicos pueden clasificarse entre los hechos positivos que la ciencia puede explicar.

Los mediums son meros individuos anormales, cuya conformación cerebral manifiesta anomalías físicas, como he descrito

en mi trabajo "Estudio del hipnotismo." Poseen centros cerebrales ultra-sensibles por medio de los cuales producen manifestaciones que á los no versados en la ciencia toman por maravillosos y aun sobrenaturales. Debo admitir, sin embargo, que á veces ocurren ciertos fenómenos que no pueden explicarse satisfactoriamente bajo la base de la hiper-excitabilidad de los centros cerebrales ó nerviosos, razón por la cual mi artículo inserto en *La Lettura* finalizaba recordando la hipótesis de una cuarta dimensión y el espíritu sub-consciente que se supone persiste después de la muerte. A ser esto verdad, explicaré ciertos fenómenos que ocurren aun á una gran distancia del medium. Tan poco se conoce este punto, sin embargo, que la teoría ni puede aceptarse ni negarse.

Soy un espiritualista en el sentido de que admito la existencia de una fuerza misteriosa sujeta á leyes científicas que todavía nos son desconocidas y por medio de las cuales se producen fenómenos tales como los de doble vista, trasmisión del pensamiento, etc.

Lo que no admito es la teoría espiritualista que ve en cada manifestación la intervención del poder de Dios."

El jefe de una familia de esquimales paga anticipadamente sus honorarios á su doctor siempre que se le ocupa. Si el paciente se alivia guarda dicho pago el doctor; si se muere, lo devuelve.

FELIZ AÑO

A nuestros abonados, á los colegas en la prensa, al pueblo de Cuba en general, deseamos un próspero y feliz año nuevo.

Bien sabemos que los votos no bastan para conseguir la felicidad, pero al formularlos satisfacemos la tradicional costumbre y expresamos un deseo sinceramente sentido.

REVISTA DE IMPRESOS

Acusamos recibo de los siguientes libros:

Historia de Sagua y su jurisdicción, por Antonio Miguel Álcover. Volumen de cerca seiscientas páginas. Sagua la Grande.

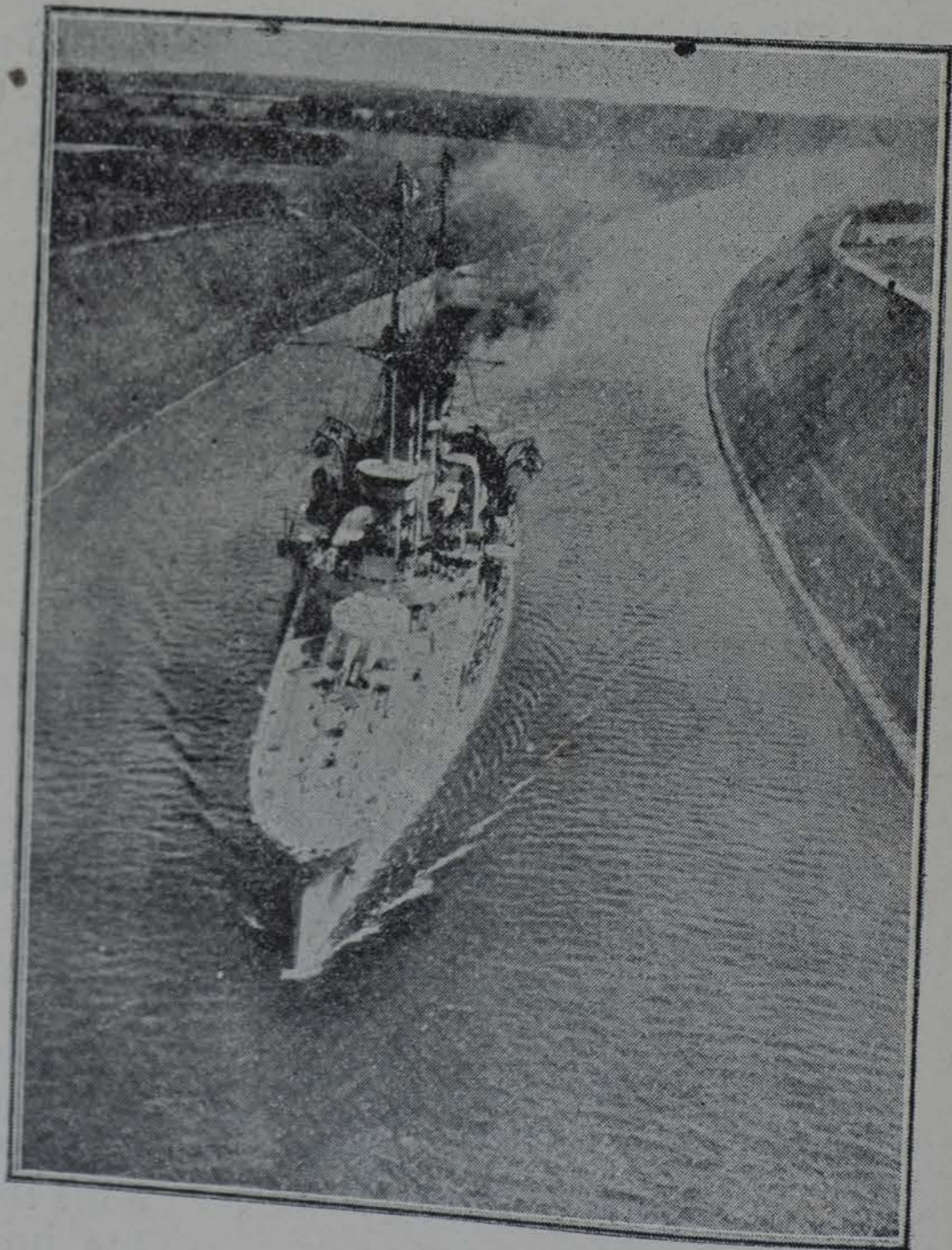
Cuentos á Lila, por Manuel T. Costero. Volumen de ciento treinta y dos páginas. Imprenta "La Cuna de América". Santo Domingo.

Ensayos dramáticos, por Américo Lugo. Imprenta "La Cuna de América". Santo Domingo.

Bibliografía, por Américo Lugo. Volumen de ciento veinte páginas. Imprenta "La Cuna de América". Santo Domingo.

Oportunamente nos ocuparemos de ellos.

La Hacienda. Hemos recibido el número de diciembre de tan notable revista, profusamente ilustrada con grabados y conteniendo interesantes artículos referentes á los sistemas modernos de cultivo de caña, tabaco, frutos tropicales, legumbres, ganadería, apicultura, cría de aves, industria, etc. Es una publicación muy útil para los hacendados, agricultores y cuantos á la agricultura é industria se dedican. Publíquese mensualmente, en español, en Búfalo, Estados Unidos. Los únicos agentes en Cuba son los señores Tarafa y Compañía, calle de Aguiar 51.



BUQUE DE GUERRA ALEMÁN
PASANDO EL CANAL DE "KIEL"

CULTURA DE ULTRAMAR

ENSAYO DE ONOMATOLOGÍA

Es cosa que ignora la mayoría de los que por no ignorantes se tienen, que los nombres propios con que hoy distinguimos á las personas y á las ciudades, tienen todos su significado etimológico. O lo que es lo mismo: los nombres que, tomados del santoral católico ó de los fastos de la historia, nos sirven hoy día para designar á las personas, en cierta remota época, y algunos también en la actualidad, han sido voces del lenguaje corriente, por lo común adjetivos que denotaban cualidades, defectos, patria, etc. del que los usaba por primera vez. Algunos de nuestros usuales nombres propios se remontan al idioma celta, otros al sanscrito, etc.

De aquí que se presente á nuestra observación un fenómeno sociológico de los más curiosos y olvidados. ¿Por qué—cabe estudiar—mientras las voces comunes aplicadas á las cosas, á las ideas abstractas, etc., varían hasta lo infinito en el tiempo y en el espacio, diferenciándose las de esta región de las de la vecina; las de tal década de las de la anterior ó subsiguiente; en cambio los nombres personales—por decirlo así—mantienen una variabilidad muy escasa?

Este problema con otros muchos que de él se derivan y que presentan interesantísimos aspectos psicosociales desde los puntos de vista de los pueblos, de las épocas, de las clases sociales, etc., ha sido, que yo sepa, olvidado hasta hoy por completo y algún día he de intentar un boceto de estudio con los preciosos datos que hace años vengo acumulando al correr de mis lecturas.

Pero hoy he de limitarme á señalar la aparición de un libro ibero-americano que trata de algunas fases—las más superficiales y casi exclusivamente históricas—del interesante tema.

Es desconsolador observar que mientras en nuestra tierra la incultura general mantiene el prestigio de nuestra civilización á nivel bochornoso; allá, lejos, pero en pueblos afines, surgen hombres que con los esfuerzos de su mente original y aplicada, triunfan en los centros de la cultura mundial.

Tal es, por ejemplo, el chileno Valentín Letelier, que nos regala

su soberbio *Ensayo de Onomatología*.

Letelier ha dividido su libro en cuatro capítulos, bien distintos unos de otros.

El primero se refiere á los *orígenes é interpretación de los nombres propios*, y es indudablemente el más profundo. En él encierra su autor lo que podríamos llamar la filosofía de los nombres, aunque con tal concisión y vacilante método que perjudica á la obtención de las deducciones sintéticas que el lector cree adivinar, pero que no alcanza sino tras de insistente meditación y conocimientos presupuestos.

El capítulo segundo, del *origen de los nombres hereditarios*, es el más acertadamente documentado, y contiene originales ideas de sociología aplicada.

El tercer capítulo, acerca de *la onomástría intrínseca*, es de índole preferentemente histórica; y el último, sobre *la toponimia*, se desvía bastante del objetivo primordial del libro, refiriéndose á la nomenclatura geográfica, que por más de un concepto, especialmente por su permanencia, se asemeja á la nomenclatura personal.

Dejando á un lado el incontado número de observaciones complejas que merece el libro de Letelier, de una sola me hago aquí eco, porque será comprobable por cualquiera de mis lectores.

Dice el sociólogo chileno que algunos nombres personales tienen un origen onomatopéyico, ó sea por la simple imitación de sonidos, especialmente de los balbuceados por los niños, por encarnar en ellos cierto mimo y cariñosa remembranza que hacen agradable su mantenimiento á través de los años,

Aunque Letelier pasa por esta observación cierta como por sobre áscuas, tiene verdadera importancia, así por la interpretación psíquica del fenómeno, como por su extensión considerable.

En Cuba, por ejemplo, será difícil encontrar una familia que no aplique á uno de sus miembros un apodo infantil onomatopéyico. Me permito recordar los siguientes, recogidos en las crónicas de salones de nuestros diarios y revistas: Pepe, Tula, Nena, Pancho, Charo, Chea, Chon, Chacha, Cheché, Chichí, Chuchú,

Chucha, Lico, Tata, Teté, Tití, Nono, Monsona, Monona, Tera, Bela, Nila, Cusita, Goyito, Cachita, Canda, Catuca, Chano, Ohencho, Chepita, Chona, Chonga, Chonchón, Churunga, Fela, Tina, Tifita, Lala, Lila, Lola, Loló, Lulú, Lunga, Masita, Pola, Pucha, Tono, Yaya, Yeya, Yiya, Yoya, Voyó, Tutuya, Chumbo, Mayía, etc.

¿Por qué en Cuba abundan tanto esos apodos infantiles? Letelier en su libro no nos señala una dirección para llegar á la respuesta, é intentar aquí una explicación de esa curiosa característica criolla sería inadecuado.

El libro de Letelier debe ser saludado con caluroso entusiasmo. La literatura ibero-americana va siendo de cada día más seria y sus adalides profundizan más y más. Lástima que sea tan escaso—por no decir nulo—el comercio intelectual entre las Repúblicas hispano-americanas; pues el ejemplo de esos geniales escritores de Sud-América, sería más eficaz y fructífero.

FERNANDO ORTIZ.

Nouremberg ha sido y sigue siendo el centro más importante del comercio de lapiceros. Hay allí de veinte á treinta fábricas, en las cuales trabajan de 8.000 á 10.000 operarios, y su producción se eleva al número de 350.000.000 de lapices, que valen más de doce millones y medio de pesetas.



SR. FELIPE ROMERO

CONCEJAL DE NUESTRO AYUNTAMIENTO

Conferencia de "El Ateneo"



más yo sigo con mi tema ¡lo que yo quiero es justicia!

EL PUEBLO.— Con uno ú otro sistema puede que no haya malicia;

NOSTALGIA

NOVELA

POR GRACIA DELEDDA

(CONTINUACION)

la orilla y entonces Regina reconoció, entre la comitiva, á algunos amigos que la invitaron á ir con ellos al molino á comer buñuelos. Aceptó.

El agua reflejaba el rojo occidente, las grandes nubes de oro, los bosques cabeza abajo; un país de magia parecía sumergido en el río. Regina admiraba y callaba, escuchando las originales conversaciones de la comitiva. Hablaban de fantasmas. El viejo Joaquín, rico comerciante de granos, un hombrón con la cara amoratada y los ojos redondos y azules, contaba que una noche, yendo con un carretón por la margen del río, había visto un perro blanco salir de un matorral y ponerse á seguirle silenciosamente, obstinadamente.

¿Quién era capaz de creer que aquel perro blanco fuera un perro blanco? Era un fantasma.

Y Pedrín el barquero, una noche de luna había visto, desde el Po, pasar volando por la margen un extraño animal todo lleno de luz.

—¡Sería una bicicleta!—dijo el viejo Joaquín, dando golpes con su pipa vacía sobre la palma de la mano.

—¿Sí, eh? ¡Entonces aquel perro era un perro!

Mientras tanto la barca llegó al molino; el molinero se asomó todo sonriente y alargó la mano á Regina.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Qué honra para con nosotros, señora Regina! Yo la conozco mucho á usted, y mi mujer también la conoce muchísimo.

La molinera se echó tímidamente hacia atrás con aire asustado.

—¿Cómo estás?—le preguntó Regina, mirándola curiosamente.

Veía que el molinero no era tan viejo, ni la molinera tan joven, como parecían de lejos. El interior del molino estaba limpiísimo. Al pie de la cama de tablas bien claveteadas, ardía el hogar; tosca vajilla se alineaba en el armario. El mecanismo del molino era de los más primitivos, dos grandes piedras amarillas, redondas, giraban una sobre otra, movidas por la rueda; la harina resbalaba lenta, dorada, cayendo dentro de un saco. Y la rueda corría, corría, perséguida, alcanzada, golpeada por el agua rumorosa. Rueda y agua parecían entretenerse en una lucha, en apariencia de broma, cruel y despiadada en realidad.

Joaquín apoyó sus manos sobre los hombros de la molinera y, sacudiéndola, le dijo:

—Pronto, haznos buñuelos, molinera; hazlos tan grandes como tus manos.

Ella sonrió estúpidamente, mirándose

las manos verdaderamente enormes; y en seguida cogió harina y la amasó con agua del río.

Regina, advirtiendo que su presencia cohibía á la molinera, salió á la plataforma, sentóse sobre su saco de harina y se entregó á la contemplación de la maravillosa puesta. El sol casi tocaba al río, vertiendo en él una gran columna de oro. Cerca del molino, el agua empezaba á perder sus reflejos, y hacia oriente desvanecíase en palideces blanco-anacaras. Regina veía los remolinos del río dar vueltas, radiantes, parecidos á enormes conchas de nácar. La rueda de un molino vecino desplegaba en las doradas aguas un inmenso abanico metálico, y las gotas que se desprendían, heridas por el sol oblicuo, reflejaban todos los colores del iris.

El molinero se acercó á Regina. Iba descalzo, con sus delgadas piernas desnudas, los brazos al aire. Sus ojillos verdosos reían maliciosamente.

—Si me permite voy á charlar un rato con usted,—murmuró respetuosamente.

—Diga, diga lo que quiera.

Y empezó á contarle cosas muy interesantes; por ejemplo, que tenía todos los dientes, que pagaba cien liras de contribución, que la rueda se paraba con una cuerda, que la molinera era una mujer tímida, miedosa y que no quería separarse un momento de su lado. Regina escuchaba con cierta desilusión, al ver que el drama que había imaginado sólo existía en su fantasía.

—Mire,—decía el molinero, no cesando de pasarse la mano por los brazos y de rascarse un pie con el otro,—bien quisiera que la molinera estuviera quince días ó un mes fuera.....

—¿Para qué?—preguntó ingenuamente Regina.

—Señora Regina...—prosiguió, algo embarazado el molinero, rascándose con mucha fuerza el pie.—¿Usted, tampoco usted tiene hijos, verdad? ¿Y también los desea? Ya los tendrá, ya verá. Ya verá ahora, después de una corta temporada de estar separada de su marido..... Venga, venga conmigo, verá usted como se para la rueda,—añadió, advirtiendo que se había tomado demasiada libertad.

Regina le siguió. El viejo paró la rueda Instó á Regina á que tocara la harina, la muela, el saco; y en aquella pausa silenciosa de la rueda, se echó á reír, sin saber por qué.

Un humo espeso llenaba toda la casa. La molinera, roja, casi amoratada, freía los buñuelos, avergonzada por la presencia de Regina. Todos los demás se desta-

caban negros sobre el fondo de oro de la plataforma.

El molinero miraba á Regina y se reía; y también ella, de pronto, sin saber por qué, se echó á reír á carcajadas.

.

El carricoche, de cada día más desquiciado de Pedrín, rodaba por el margen silencioso. La noche era oscura, calurosa y húmeda.

Después de haber charlado de cosas indiferentes, Antonio y Regina callaban, dominados por el silencio del campo y de la noche.

Callaban; pero Regina hablaba consigo misma, como tan á menudo le sucedía.

—¡Antonio ha cambiado! No, esta vez no me engaño: ha cambiado. Apenas bajó del tren, me ha abrazado casi frenéticamente. Parecía haber tenido miedo de no volverme á ver. Pero después ha cambiado. Hay algo tétrico y de desconfianza en sus ojos. ¿No tiene fe en mí? Ahora algo nos separa, forzosamente tenía que suceder así. ¡Ea mañana habrá pasado todo! Pero.....

El corazón le palpitaba con fuerza. De pronto cogió la mano de Antonio y notándola fría é inerte, sintió de nuevo misterioso temor.

—¿Qué tiene? ¿No me perdona?—pensó.

—¿Oyes?—dijo, apoyando la mano de su marido sobre su corazón.

La mano se animó enseguida.

—¿Aún te duele el corazón?—preguntó, acordándose.

—¡Quiá! ¡Late de gusto!—contestó, y volvieron á su charla.

—Mira, ayer estuve en el molino *pin-tado*, á comer buñuelos. Nos divertimos mucho. Fué una puesta de sol espléndida. ¡Qué tipo más notable, el molinero!

Contó la profecía del molinero. Después contó que había ido á visitar á la familia del maestro.

—¡Otro tipo! ¿Sabes que está loco rematado? Quiere mandar sus hijos á Roma; la chica para que estudie, y se haga... célebre; el chico para que se procure un empleo... Dice...

Y empezó á imitar la voz y los discursos del maestro.

Antonio se reía; pero con una risa fría, burlona, que parecía venir de muy lejos.

—¿Pero qué tiene?—pensó Regina, sobrecogida por una repentina impresión dolorosa. Le parecía que Antonio, con con aquella risa burlona, nueva en él, se burlaba de ella principalmente.

¡Fantasmas! ¡Tonterías!

—Apenas estemos solos le cojo por los hombros, le sacudo y le grito: Pero qué ¿qué te pasa? ¿No me perdonas? ¡Mira, no hagamos más tonterías! ¡Ya basta con las que hemos hecho!

Siguieron callados. El carricoche andaba, rodeado del perfume penetrante de la vegetación inmóvil en la noche obscu-

ra, húmeda y calurosa. Los bosquecillos de la orilla del río se destacaban negros en la sombra, más negros que la sombra misma; todo callaba y todo exhalaba perfumes. Hasta de la caldeada tierra, de la húmeda arena, de los senderos mojados por el rocío, salía un perfume excitante, un soplo silencioso y lleno de voluptuosidad. Parecía que cada maleza ocultaba una mujer en espera del amante, y que sus deseos y su dicha llenaban el vacío de la noche calurosa y aterciopelada.

—Mañana tendremos lana,—dijo Regina, que no podía estarse callada;—podremos gozar de ella. Cuando llegué hacía una luna hermosísima. ¿Verdad, Pedrín?

El cochero no contestó.

—¡Duerme! ¡Vamos á dar la voltereta, si Dios no lo remedia!—dijo Antonio enfadado.

—¡Cá! el caballo está acostumbrado,—aseguró Regina. Y segura de que Pedrín no la oía, dijo con voz tierna:—¡Cuán triste estaba aquella noche!

—¿Por qué?—preguntó Antonio, como si no recordara nada de lo que había pasado.

Regina se volvió hacia él, extrañada, temblorosa: ya no podía más.

—¡Antonio!—murmuró anhelante, ciñéndole el cuello con sus brazos,—¿por qué eres así? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—¿Y tú me lo preguntas?—murmuró él, sin volverse.

Su voz apenas era un soplo, pero un soplo en el cual Regina sintió los rugidos de un huracán de rencor.

—Tú no quieres perdonarme,—dijo separándose.

Pero él ya se había vuelto, y la estrechaba contra su pecho, besándola con ímpetu que á Regina pareció más que de pasión, de desespero.

En aquel momento la voz de Adán resonó sobre el margen.

—¡Antonioooo! ¡Regina!

Las fornidas espaldas de Pedrín se balancearon de derecha á izquierda, y se oyó el chasquido de la fusta.

—Aquel *ragass* (muchacho),—dijo el cochero con voz ronca, hablando entre dientes,—me ha hecho *ciappar pagura* (coger miedo).

Antonio y Regina se separaron, y ella ruborizóse en la sombra, como una chiquilla. El corazón le palpitaba fuerte, pero entre sus saltos de alegría, había vibraciones de dolor

*
**

Después de cenar, como la noche en que Regina llegó, todos, excepto la señora Catalina, salieron á dar un paseo. Toscana y los chicos empezaron con sus juegos de costumbre, sus carreras de siempre, y dejaron atrás á Regina y Antonio.

—Sí,—decía ella,—mi madre tiene ra-

zón. ¡Tienes una cara! ¿Has tenido fiebre de verdad?

El no contestó en seguida: pensaba, parecía buscar el principio de un discurso que no conseguía encontrar.

—Me parece que tu madre también ha sufrido,—dijo por fin.—¿Qué disgusto le habrás dado, Regina!

—¿Yo? ¡Pero si yo no le he dicho nada!

—¿De veras?

—¿Cómo! ¿no lo crees? ¡Para que no te extrañara tu silencio, le decía que estabas enfermo!

—¿De veras?—repitió incrédulamente.—Y yo que creí que sus consejos te habían puesto..... más suave.

—¡Más suave! ¿Qué quieres decir?—preguntó friamente.

Ahora tocó á Antonio el tener miedo; creyó haberse engañado suponiendo á Regina arrepentida y pronta á seguirle; pero por fin se animó y encontró el principio del discurso que buscaba.

La hora de las explicaciones había llegado.

Regina no deseaba otra cosa, pero sentía una impresión extraña, mejor dicho, veía que no sentía toda la emoción la dicha, la ternura que esperaba en aquel momento. Por el contrario, sufría; veía que Antonio la había perdonado, que había sufrido, que estaba decidido á llevársela á toda costa; que la amaba más que antes, con verdadera pasión, unido á ella con todas las energías de su corazón y de los sentidos; y sin embargo no estaba contenta. *Algo desconocido* les dividía, ahora más que antes, inexorablemente.

Como tiempo atrás, andaban dándose el brazo, con los dedos entrelazados, y sin embargo un espacio inmenso les separaba, un río inmenso pérfidamente silencioso; como aquel río que vislumbraban más allá del negro bosque, en la negra noche.

Pero Regina, que sin duda alguna era más perspicaz que su marido, advertía claramente una cosa inexplicable. Tiempo atrás era su alma que huía á la de Antonio poniendo entre ambas un mundo de pequeñeces, vanidades, ambiciones y deseos; y ahora, por el contrario, era el alma de su marido, que impulsada por una fuerza oculta se alejaba de ella.

—El me ama, me ha perdonado, pero desconfía, tiene miedo de mí,—se decía á sí misma, para explicarse aquel misterio.

—Regina,—empezó diciendo Antonio, ¿cuáles son tus intenciones?

—¡Ya las sabes!

—Ni mucho menos; yo no sé lo que pretendes... Tu última carta era aún más mala y cruel que la primera. No quiero quejarme... porque... tú misma lo has dicho, sería completamente inútil; pero otro hombre en mi lugar... Basta: miles de veces me tienes dicho que yo no te entendía. Ahora, para demostrarte mi bue-

na voluntad, te ruego que te expliques claramente...

—¿Pero no te lo he escrito?—dijo ella, entre impertinente y humilde.—Te lo he escrito; todo depende de tí.

—En una palabra, como dice tu maestro, ¿quieres volver conmigo á Roma?

—Sí.

—¡Oh muy bien! Te repito que tengo grandes deseos de olvidar todo lo pasado; pero ahora dime una cosa: ¿Cómo es que has cambiado tan pronto de *idea*? Digo *idea* y no capricho, porque la cosa me ha parecido, y era en realidad muy seria...

—¿Quién sabe? ¿Podemos dar explicación de nuestras *ideas*, llamémoslas así, ó de nuestros caprichos? ¿No has cambiado de modo de pensar alguna vez en tu vida? Hoy se piensa de un modo, y mañana de otro. Somos acaso dueños de nosotros mismos? Hace poco decías: si hubieses sido otro hombre... Ya comprendo lo que querías decir. Me hubieras maltratado, me habrías insultado. Y en cambio me quieres lo mismo, tal vez aún más que antes. ¿Tú te explicas porque en vez de odiarme por la mala broma que te jugado, me quieres más que antes?

Hablaba sin gran convencimiento, pero quería sugerir á Antonio. Le pareció que lo había conseguido, porque él se puso pensativo, como repitiéndose á sí mismo la pregunta de ella.

—¡Ea!—dijo después con una ligera sonrisa,—¡Tal vez... tengas razón!

—¡No hablemos más de ello! ¡Ha sido un capricho, un error de los pocos años! siguió diciendo Regina, imitando la voz del maestro. Echemos un velo sobre el pasado.

¿Pero cómo no hablar más de ello?

—Me has humillado ¿sabes?—insistía Antonio.—Me has herido á traición...

—¿Quién no comete errores? ¿Y tantas otras mujeres? ¿Todas aquéllas que traicionan de veras, que son infieles á sus maridos?

—Sí,—dijo él vivamente,—¡pero también hay maridos que engañan á sus mujeres! Generalmente son los malos maridos, los que hacen malas á sus mujeres; y en cambio yo creo que no te he dado nunca un disgusto. Mi verdadera posición, tú la sabías; ¿acaso te había prometido lo que no podía darte? Además... era preciso tener paciencia, tener confianza. A veces la situación de un hombre, de una familia, puede mejorar de un momento á otro. No llegaré á rico, pero seguramente mejorará mi posición...

—Basta, basta,—suplicó Regina.—¿Pero no veías que mi capricho pasaría pronto?

—¿Y tú te lo imaginabas, cuando escribías? Querida Regina, las cosas hechas seriamente, no es posible tomarlas en broma. Basta, borremos el pasado, co-

(Continuará)

TEATROS

Desde la platea:

—Contempla este espléndido espectáculo... Mira cuánto lujo, cuánta riqueza y hermosura.

—Bellísimo, fascinante, deslumbrador. Sedas, encajes, afeites y joyas, todo en artística combinación. Rostros hechiceros, ojos fulgurantes, bustos admirables, escotes tentadores... Bellísimo... La ópera siempre ha sido un magnífico pretexto para que nuestras hermosas damas exhiban sus alhajas valiosas y sus hombros alabastrinos. Esa es una de las más poderosas razones en pro de la ópera como espectáculo escogido y exquisito.

—Tú siempre irónico... Cualquiera diría al oírte, que pones en tela de juicio las cualidades de la ópera como obra de arte.

—No sería el primero. Pero no llega á tanto mi osadía. Adoro demasiado la música y el canto; aunque eso no obsta para que reconozca que de todos los espectáculos teatrales, es la ópera el más convencional y el que la costumbre ha convertido en un medio para exteriorizar la mundanal vanidad, siendo casi secundario su valor artístico.

—Exageras, y la prueba la tienes en esta misma esplendente sala. ¿Quién ha congregado tan vistosa y escogida concurrencia, sino es el talento musical y la voz de ángel de María Barrientos?

—Concedido, pero eso sólo prueba que el arte se pone al servicio de la vanidad.

—Basta. Estás verdaderamente pesado con tus pesadas majaderías.

* * *

En un palco:

—Está usted elegantísima.

—Usted siempre tan adulator.

—No hay en el teatro quien pueda competir con usted en hermosura y distinción.

—¿De veras? No me lo diga tan serio que lo voy á creer... ¿Y qué le parece la Barrientos?

—Admirable... un ruiseñor cantando.

Un largo silencio.

—Qué distinguida concurrencia ¿verdad?

—¡Oh, sí, distinguidísima!

—¿Se ha fijado en la señora de X?

Lleva un traje precioso.

—Preciosísimo.

—Y qué bello collar de perlas estrenaba hoy la rubia Y.

—Bellísimo.

Silencio profundo.

* * *

Detrás de un palco:

—Qué maravillosa flexibilidad de garganta...

—Y qué hermosos hombros...

—¿Quién? ¿La Barrientos?

—No, hombre; esa señora del palco.

* * *

En el vestíbulo:

—Es asombroso. Jamás había oído cantar así. Esa mujer tiene en la garganta un tesoro de notas.

—Tu lo has dicho: un tesoro. Así le valen.

—Es, además, artista. Acciona con propiedad, se mueve en la escena con desenvoltura.

—Pero la cantante es superior á la artista.

—¡Ni qué decirlo tienes! Hay en su voz frescura, limpidez, flexibilidad. Ataca las notas más altas con bravura, sin que jamás se note cansancio ni indesección. Es realmente una cantante notable.

* * *

A la salida:

—Bien habrás gozado, cronista.

—*Così, così.*

—¿Y qué tal la diva, responde á la fama?

—*Io no so littere*, digo, músico; con lo que quiero decirte que no soy voto de calidad; pero me ha gustado extraordinariamente.

—¿Y el resto de los artistas?

—Regular, regular.

—¿Y el cuadro dramático?

—Regular, regular.

—¿Y la orquesta?

—Buena, y bien dirigida por el maestro Bovis.

* * *

Se ha estrenado en nuestro concurrido teatro de la zarzuela, "La peseta enferma".

Un estreno excesivamente tardío, porque la peseta está casi sana del todo.

La tal obrita pasó ya de moda y probablemente no proporcionará grandes entradas á *Albisu*.

El barítono Tapias, está ya en la Habana.

Y hay estrenos en perspectiva.

* * *

Alfredo Misa prepara grandes novedades para su *Eden Garden*.

¿Y Lola Montes?

Todavía no he tenido el gusto de admirar sus riquísimas joyas.

* * *

Pablo Pildain ha pisado de nuevo la escena de *Payret*.

El querido actor conserva todavía arrestos juveniles y sabe entusiasmar al público desempeñando las obras del repertorio romántico.

FRUCTIDOR.

CRONICA

Querida hermana Lola:

La semana pasada no te escribí Enriqueta ni una línea. Pero tú tienes la culpa: todavía no ha recibido tu respuesta. Te remito esta carta para reconvenirte y para felicitarte. Un millón de alegrías y de esperanzas te deseo; que en este año nuevo no se trunque tu cadena de venturas.....

Y recibe mi regalo. Un collar alegre de noticias.....

* * *

El día 28 de diciembre, en el teatro Payret, se verificó una fiesta espléndida: la celebraron los alumnos del "Colegio Alemán". El programa era entretenido; y en su cumplimiento brilló la sabia dirección de Fanny Graff, la directora admirable de esta admirable institución docente.

Para el señor F. Castellanos, para la señorita M. de la Vega, linda y graciosa, para la no menos linda y graciosa Adolfin Ablanado—alumnos de este Colegio modelo—mi felicitación cumplida: felicitación que extendiendo á todos los que tomaron parte en la fiesta suntuosa de Payret.

* * *

Chica, á mí me gustan mucho estas veladas. Esto no empece para que también me agraden las veladas del Ateneo. Especialmente cuando habla el doctor L. A. Baralt. Y á propósito: El doctor L. A. Baralt tuvo la amabilidad de invitarme—mediante una tarjeta postal—á la conferencia que pronunció el sábado 29 de diciembre, en Cuba, entre Amargura y Teniente Rey. Es decir, en el local de la Academia de Ciencias. No pude asistir, y, como tú comprenderás, lo siento muchísimo, porque el doctor L. A. Baralt debió de conseguir un triunfo ruidoso; fíjate que la conferencia versaba sobre "La educación de los sentimientos y la voluntad..."

Mis plácemes al doctor Baralt..... Así es como se procede, cuando uno desea influir en el alma atrasada y voluble del pueblo ignorante. Esta es la verdadera educación; la única educación realmente práctica y fecunda. Mis plácemes, doctor Baralt.....

* * *

Y ahora, Lolita, después de notificarte que el día 31 del mes de diciembre último, en la Sociedad "El Progreso de Jesús del Monte", se esperó bailando alegremente el año nuevo, te advierto que el Alcalde, el Secretario, Tenientes de Alcalde y los Concejales del Ayuntamiento de Marianao, han tenido la amabilidad, que agradezco, de remitirme sus tarjetas con motivo de este año que principia á darnos los primeros disgustos de la temporada.....

Dime ¿te gustó mi tarjeta? ¿La recibiste á tiempo? Era bonita, ¿verdad? Pues me la imprimieron aquí, en la imprenta de CUBA Y AMÉRICA. Yo he quedado encantado... se conoce que se esmeraron; como que soy de la casa. Pero no creas esto: aquí, chica, dicho sea entre nosotros, todos los trabajos de imprenta—tarjetas, papel impreso, libros, folletos, etc.—se ejecutan con un esmero y una elegancia verdaderamente irreprochables. Y punto. Porque ya esto degenera en anuncio. Y líbreme Dios del bombo y de sus patillos...

* * *

Con plácemes debes recibir esta nueva: La señora Josefina Embil de Kohly,

vuelve á recibir los martes 1° y 3° de cada mes, en su elegante y lujosa mansión. Como recordarás, estas fiestas quinceanales—porque fiestas espléndidas son—se suspendieron por una causa dolorosa y triste.

La buena sociedad habanera se reunirá de nuevo en los salones de Josefina, que tienen todo el encanto y el chic parisino de los grandes salones europeos.

* *

Y con el objeto de mostrarte mi dominio del lenguaje, voy á trazar ahora unas líneas á propósito de los bailes con que hemos despedido alegremente al caduco y gastado 1906. En vez de respuestas funerales hemos sonado en los oídos de este viejo insoportable, ruidoso són de música; así debe ser la vida; nunca es lógico entristecerse. Ríamos y bailemos. Y que todo el año sea para nosotros la existencia un ir y venir constante y regocijado entre los ritmos del vals y las lentas y perezosas cadencias de la danza.

La noche del treinta y uno se bailó en el Casino Alemán. Y se bailó también en el American Club. Y en uno y otro baile, fué distinguida y numerosa la concurrencia.

* *

Un aplauso para María Antonieta Torrado. María Antonieta es una linda muchacha, una pequeña actriz que posee ya la elegante dicción de una comedianta moderna, y el gesto aristocrático de las reinas de la escena. En este ambiente estrecho y pobre, el talento extraordinario de María Antonieta, es como una flor lozana en terreno estéril. Cada vez que la veo, me entristezco; cada vez que oigo su voz mágica, llena de matices acariciadores, me emociono; porque es doloroso ver como las más altas aptitudes, las más excelsas condiciones, se disipan y esfuman, sofocadas por esta ausencia total de arte, por esta pobreza que hay en Cuba de estímulos y de protección.

Pobre María Antonieta, linda y pálida como la reina desgraciada de la historia:

sus ojos grandes y negros, intensamente melancólicos, parecen ver el triste fin de las amadas ilusiones.....

Son ojos tristes, como la sonrisa suave de sus labios encendidos.



Sra. Amalia Dumois de Duelle.

Y una vez más he de escribir profundamente acongojado una nota triste de pesame. Es inútil que nos esforcemos tratando de afirmar en nosotros el reinado breve de la alegría; á cada rato, después de una sonrisa, los labios se contraen con un rictus amargo de dolor; y el corazón en vez de latir gozoso suena un ritmo grave de angustia y de pesar. Así le siento ahora al decirte la honda pena que aflige á los esposos Báez; ayer regocijados ante la juventud risueña del más pequeño de sus hijos; hoy tristes y llorosos frente al lecho desierto del niño amado, para siempre ido de estos mundos de muerte.

La muerte y la vida se entrelazan. La existencia es como un rosario infinito; hay cuentas brillantes; hay otras en los destellos de las cuales temblequean resplandores sombríos.....

Y ahora las cuentas que pasan son alegres. Nos hablan de dos bodas. Una de estas dos bodas se ha celebrado el miércoles, en la iglesia del Cristo, á las siete de la noche; fué desposada la señorita Monzona Rivera, que lució, bajo el velo blanco, la gracia sugestiva de su rostro. Y la otra boda se celebró el mismo miércoles, en la iglesia de la Merced. A las diez horas de la noche se verificó la ceremonia; lleno estaba el templo, luminoso y bello bajo el resplandor incandescente de las bujías. Sampol, el viejo y admirable maestro, nos deleitó de nuevo ejecutando en el órgano magistralmente la marcha de esponsales. Es bella una boda. Y es más agradable aún cuando como en éstas del miércoles, son lindas las novias. Es linda y elegante María Chaumont, ayer gala de los salones, hoy esposa amada del talentoso é irreprochable caballero señor Mario García Vélez, hijo del egregio caudillo de la independencia.

Felicidades, felicidades.....

* *

Y mi crónica se engalana esta vez con el retrato de la bella y culta señora Amalia Dumois de Duelle, dama distinguida que reúne á los atributos de una educación esmeradísima, la elegancia y la cortesanía más irreprochables.

La señora Amalia Dumois de Duello es una de las damas más distinguidas de la sociedad habanera.

Lola, no te olvides de escribirle á Enriqueta. Mira que se enfada.....

Addio.

L. F. M.

COLEGIO "MARIA LUISA DOLZ"

PRADO 64 Y 64 A.

Directora: Doctora MARIA LUISA DOLZ

Reanuda sus clases el lunes 7 de Enero

SE FACILITAN PROSPECTOS

BOMBON CREMA

GRAN PRIX

ST. - LOUIS - 1904

JAS. Mc. CREERY AND COMPANY

West 23rd Street, New York

Se ejecutan órdenes con todo esmero y prontitud, tanto para el interior de estos Estados, como para Cuba, Puerto Rico y demás países de la América latina.

A las órdenes deberá acompañarse siempre remesa por su importe.

Se enviarán presupuestos y muestras, á ser posible, al que las solicite.

Dirigirse á la señora Alice M. Bradley, agente é intérprete del establecimiento.

GRAN ALMACEN

de ropa, telas de todas clases y artículos varios de uso personal y para el servicio

DOMESTICO



MASAJE VIBRATORIO

DR. ENRIQUE SARMIENTO

PRADO 60

Tratamiento del artrismo, reumatismo, neuralgias, neurastenias, dispepsias gástricas é intestinales, esterilidad é impotencia.

Aplicaciones á la estética: obesidad, arrugas de la piel, etc., etc.

De 9 á 12 y de 3 á 7